

An aerial photograph of a forest with a winding road. The trees are mostly green, with some yellowing, suggesting autumn. The road is a light-colored, unpaved path that curves through the forest. The overall scene is captured from a high angle, looking down.

**VERDADES ENTERRADAS**

**HJORTH & ROSENFELDT**

**SERIE BERGMAN 7**

Tres años después de los acontecimientos que vivieron en *Mentiras consentidas*, Vanja, Torkel, Ursula, Billy y el resto del equipo de la Unidad de Homicidios de Estocolmo deberán encargarse de un asesino en serie que ha dejado un rastro de cadáveres en la pequeña ciudad costera de Karlshamn. Pero no hay pistas, testigos ni conexiones claras entre las víctimas.

Por su parte, desde que se convirtiera en abuelo, Sebastian Bergman ha optado por un estilo de vida más tranquilo, y ahora trabaja a tiempo parcial como psicólogo y terapeuta. Sin embargo, su mundo dará un vuelco cuando un hombre acude a él en busca de ayuda para procesar las experiencias que vivió en el tsunami de 2004, en el que el Sebastian lo perdió todo y que no ha podido olvidar.

Así que colgadlos alto  
Colgadlos despacio  
Pero colgadlos alto  
Exijo venganza  
Una mañana temprana  
Nacido mentecato

*Los tontos del culo*  
(*Töntarna*), KENT

¿Cuánto tiempo hacía que se había ido de allí?

Años. Varios años. Pero ¿cuántos? Menos de diez, seguramente. Era irrelevante. Bien podrían ser muchos más, y deberían serlos, y más largos, pensó al ver la silueta familiar de la ciudad que se extendía al otro lado del cristal del autocar.

¿Qué estaba haciendo aquí?

¿Por qué había vuelto?

Sinceramente.

Habían pasado diez años, así que... ¿para qué? ¿Por qué le importaba? En verdad, le daba igual. No tenía el menor interés en saber qué le había pasado a ninguna de las veintinueve personas con las que se había visto obligada a compartir tres años de su vida. Qué hacían ahora, si tenían familia o no, en qué trabajaban, dónde vivían.

Eso le importaba una mierda. Todas ellas le importaban una mierda.

Y también dudaba mucho que ella fuera a importar nada a ninguna de ellas. Nunca había significado nada para nadie. ¿Acaso se acordaban de ella? Quizá algunos sí. Deberían hacerlo. ¿O acaso la gente se olvidaba de las personas de las que había abusado? ¿Solo existían mientras se las podía atormentar, y desaparecían en cuanto dejaban de ser vulnerables? A lo mejor, las nuevas víctimas sustituían a las viejas, en todos los aspectos.

¿Qué estaba haciendo aquí?

¿Por qué había vuelto? No es que volviera con un sentimiento de triunfo. No era una revancha exitosa. No albergaba ninguna esperanza de que fueran a juntarse a su alrededor ni verla con mejores ojos porque se hubiese vuelto famosa o le hubieran ido bien las cosas. No estaba en

posición de enseñarles nada. El patito feo no se había convertido en ningún cisne. El patito feo solo se había hecho mayor, se había curtido.

Así que ¿qué estaba haciendo aquí?

¿Por qué había vuelto?

Quizá quería mostrar que seguía viva, que se atrevía, que no habían logrado destrozarla. Pero ¿era así? Quién sabía si su vida habría sido distinta si aquellos años hubiesen sido diferentes... Mejores. Soportables.

Sin los Tres, que decidían que ella no era siquiera digna de despertarles irritación. Que la trataban como si fuera aire. Como si no fuera nada.

Sin el séquito silencioso, tan inseguros todos, tan temerosos de acabar en el lugar que ocupaba ella, los que lo hacían posible.

Sin Macke y Philip.

No, allí no iría. Ahora no. Todavía no. Se los quitó de la cabeza: los pensamientos, los nombres, aquella noche. Pero iban a estar allí, se dijo a sí misma. Se encontraría con ellos. Esta noche. En la fiesta, o como se le pudiera llamar a aquello. Reencuentro no, desde luego. Para poderte reencontrar hace falta sentir algún tipo de pertenencia. Ellos iban a estar allí.

A lo mejor esa era la razón por la que iba allí, el auténtico motivo por el que volvía.

El sueño.

Recurrente.

La primera vez lo tuvo la noche siguiente de recibir la invitación. Luego, después de haber dicho que sí, se repetía más a menudo. El sueño en el que se hacía justicia. En el que se plantaba. Por fin. En el que les daba su merecido. A veces tan real, tan vívido, que se despertaba con una sensación de triunfo, la cual se esfumaba en cuanto se levantaba y volvía a la realidad, como no podía ser de otra manera.

El autocar pasó junto a los carteles que señalaban que se estaban adentrando en Karlshamn, que había vuelto a la ciudad que había dejado atrás. Que había abandonado. De la que había huido. El nudo en el estómago que ella había creído que era arrepentimiento y angustia debía de ser otra cosa, se dijo. Determinación. Expectación. Un odio lentamente resucitado que llevaba mucho tiempo reprimiendo, pero al que ahora pensaba darle permiso para crecer.

Por eso había vuelto.

Eso era lo que pensaba hacer.

Devolvérsela.

Calle Kungsgatan.

Angelica Carlsson ni siquiera trató de reprimir la sonrisa de satisfacción al girar para adentrarse en ella. En Karlshamn había casas más grandes y más lujosas, pisos más bonitos, direcciones con más renombre. Pero en apenas cuatro meses prácticamente se había mudado a un piso amplio de dos habitaciones en la calle Kungsgatan. No estaba nada mal, a pesar de todo.

Ciento doce días después de conocer a Nils.

Ciento trece desde que se había puesto en contacto con él en una de las numerosas aplicaciones de citas en las que estaba registrada y que visitaba con regularidad. Diecisiete años mayor que él. Parecía buena persona, divorciado, una hija que ya se había ido de casa, su perfil era perfecto, justo el tipo de hombre que ella estaba buscando, aunque tampoco podía estar segura del todo. No fue hasta la quinta cita, o quizá la sexta, cuando entendió que había dado en la diana. Con la mirada caída, había puesto una mano encima de la de él con cierta timidez y le había preguntado si no le apetecería que se vieran más a menudo, que a ella le gustaría mucho que... fueran algo más, o sea, algo estable. Él se había reído un poco cortado, y seguro que habría abierto los brazos si no fuera porque ella le estaba reteniendo una mano.

—¿Para qué quieres a alguien como yo?

Ella no dejó que la burbujeante alegría se le reflejara en ningún momento en la cara, sino que se limitó a mirarlo seriamente, le dijo que no fuera tonto, que por qué se infravaloraba, si se veía a la legua que era un hombre fantástico. Por eso quería pasar más tiempo con él. Aquella noche habían paseado cogidos de la mano hasta su casa. La

primera vez que ella puso un pie en el piso de la calle Kungsgatan.

Unas semanas más tarde dejó caer el nombre de Dick.

Su exnovio, un idiota sin remedio.

Había quedado con Nils en su casa después del trabajo, y ella se había presentado un tanto desanimada y distraída. Él se percató de que algo no iba bien, desde luego, pero ella no quería hablar del tema, no quería que se viera involucrado. Mantuvo su postura hasta que presintió que en breve él ya no le preguntaría nada más, que haría lo que ella le estaba pidiendo y se olvidaría del tema.

Entonces se lo contó todo, como a regañadientes.

Para cuando hubo terminado ya se había hecho de noche.

Fue así como Nils supo todo lo que había que saber sobre cómo ella y Dick se habían conocido, en una época en la que ella era muy joven y tonta, cuando le había parecido emocionante participar de los planes ambiciosos e irreales de Dick, sus alocadas travesuras, su estilo de vida despreocupado. Pero debajo de esa apariencia desenfadada y carismática se escondía una faceta oscura y controladora. Con lágrimas corriéndole por las mejillas, ella le había contado que al cabo de unos años se había quedado embarazada, que Dick no quería tener hijos bajo ningún concepto, que la había obligado a elegir entre él y el bebé, y que apenas unos meses después de abortar la había abandonado de todos modos. Nils la había abrazado en el sofá mientras la escuchaba, ella se había enjugado las lágrimas, se había dejado consolar. Le había dado unas vueltas a cómo continuar a partir de ahí, pero él se lo había facilitado a base de preguntarle por qué estaba pensando en Dick justo ese día, en ese momento.

¿Había pasado algo? ¿Se había puesto en contacto con ella?

Sí, algo había pasado. Sí, se había puesto en contacto.



Hacía unos años que él había vuelto a aparecer en su vida, le explicó Angelica. Dick había empezado a cortejarla otra vez. Le había dicho que la echaba de menos, que lamentaba la manera en que la había tratado, que se había dado cuenta de lo mal que se había comportado. Había madurado y se preguntaba si podían volver a estar juntos. Le había insistido y suplicado. Y ella había cedido. Se había creído que él realmente había cambiado. Que le brindaría la seguridad que ella buscaba.

La cosa había empezado bien, a los seis meses habían decidido irse a vivir juntos, se habían comprado un piso en Gotemburgo. Pero al cabo de unos meses volvió a asomar la cara celosa y controladora de Dick. Esta vez se había vuelto violento. Ella había logrado sacar fuerzas de alguna parte para liberarse. Después de aquello era materialmente imposible que él fuera a recuperarla, dijera lo que le dijera, le prometiera lo que le prometiera. Había terminado con Dick. Pero él no había terminado con ella, ni muchísimo menos. A intervalos regulares la llamaba, le exigía, la amenazaba, la presionaba, hacía cuanto podía para ponerle las cosas difíciles y fastidiarla. Ahora era por algo del piso de Gotemburgo y la hipoteca, no lo tenía del todo claro, le había colgado el teléfono en cuanto él se había puesto a dar berridos. Ella lo había bloqueado, pero Dick ya había conseguido colarse bajo su piel.

Por eso se había presentado en casa de Nils tan alicaída, pese a tener motivos de sobra para sentirse feliz. Con su vida. Con él.

Aquella noche se acostaron por primera vez. Después, ella estuvo llorando entre sus brazos. Le dijo lo contenta y agradecida que se sentía de haberlo conocido. Él conseguía que se sintiera tan segura, tan cuidada...

–Me gusta cuidar de ti –le susurró él, y le acarició el pelo con delicadeza. Ella lo abrazó en silencio, era justo lo que había esperado oír.

Las semanas siguientes se podría decir que se fue a vivir con él. Iba más a menudo, se quedaba más tiempo, se llevó una muda o dos, él le cedió un estante, un cajón, sitio en el armario. A la exmujer no la había visto ni oído, la hija sabía de la existencia de Angelica, pero no parecía tener ningún problema con que su padre hubiese conocido a otra mujer. No es que tuvieran un contacto muy estrecho, precisamente. Nils y su hija se llamaban cada quince días, en el mejor de los casos. Durante el tiempo que Angelica había estado en el piso, la hija no les había hecho ninguna visita, pese a vivir en la ciudad de Helsingborg, a menos de dos horas de allí.

Angelica dio los últimos pasos hasta el portal. Ahora no le quedaba más remedio que borrar la sonrisa de satisfacción. Debía sustituirla por la preocupación y la angustia. Había llegado el momento de dar el siguiente paso. Hoy Dick había logrado comunicarse otra vez con ella. La había amenazado con ir a la policía y llamar a la Agencia Tributaria y no sabía qué más. No había logrado entender todo lo que él le había dicho, pero Dick pensaba vender el piso de Gotemburgo y le reclamaba dinero.

Tenía que subir al piso alterada, desgarrada, entre lágrimas, necesitada del consuelo que solo Nils podía darle. Y que le iba a dar. Pero no podría hallar la paz. Esta noche no. Dick le pedía doscientas treinta y cinco mil coronas. Eso era mucho mucho mucho dinero. ¿De dónde iba a sacarlo?

Hasta ahí podía planear, luego tendría que improvisar sobre la marcha. En el mejor de los casos, Nils se ofrecería al instante y por voluntad propia a prestarle el dinero, sin cuestionar nada ni hacer ninguna comprobación. Lo más probable era que le propusiera ayuda jurídica, quizá incluso poner una denuncia. Si era el caso, ella tendría que escurrir el bulto, actuar sin prisa pero sin pausa y, con cuidado, sembrar la idea de que Nils podría ayudarla a ser libre de una vez por todas. Su paladín del corcel blanco. Un

préstamo. Una suma que para él era perfectamente asumible, mientras que para ella era decisiva.

Al menos hasta que surgiera el siguiente problema y necesitara más.

Metió la llave en el portal y cerró los ojos, notó las lágrimas brotando en sus ojos. Joder, qué buena era.

La práctica hace al maestro.

Cuando volvió a abrir los ojos, le quedaban ocho décimas de segundo de vida. Solamente. La bala viajó a una velocidad de casi ochocientos metros por segundo al abandonar la boca del cañón del rifle. Más del doble de rápido que el sonido, por lo que Angelica no tuvo ni tiempo de oír el petardazo sordo antes de recibir un disparo en la sien y caer muerta en su querida calle Kungsgatan.

~~Kerstin Neuman~~  
~~Bernt Andersson~~  
~~Angelica Carlsson~~  
Philip Bergström  
Aakif Haddad  
Lars Johansson  
Ivan Botkin  
Annie Linderberg  
Peter Zetterberg  
Milena Kovacs

El tercer cuerpo, el tercer asesinato.

Vanja echó un vistazo a la ambulancia, que cruzó sin prisa alguna el cordón policial de la calle Kyrkogatan, donde un grupo de curiosos se había agolpado junto a la cinta blanquiazul. El vehículo amarillo lima fue grabado por varios móviles mientras, sin sirena ni luces encendidas, ponía rumbo al hospital más cercano que tuviera morgue. Vanja no sabía dónde quedaba, no había tenido tiempo de familiarizarse lo suficiente con la ciudad. Ursula sí lo sabía, había estado allí para sacar sus propias conclusiones de las heridas que presentaban las dos víctimas anteriores. Por lo demás, lo único que sabían de estas era lo que habían podido leer en comisaría después de que la policía local les hubo cedido oficialmente el caso.

La primera, una mujer de sesenta y ocho años, Kerstin Neuman, asesinada por arma de fuego mientras recogía el correo en el buzón, ubicado en el cruce del camino principal. Ahí no habían encontrado gran cosa a la que aferrarse, la señora vivía en una casita aislada que quedaba a unos diez kilómetros del núcleo urbano. Un aislamiento que Kerstin Neuman había buscado a propósito, dedujo Vanja al leer el informe del caso. No había ninguna amenaza directa contra ella, pero todo el mundo –o al menos mucha gente– en Karlshamn sabía quién era Kerstin Neuman. Lo que había hecho. O, mejor dicho, en lo que había participado, puesto que nunca se la declaró oficialmente responsable. En el accidente de autobús.

La segunda víctima se llamaba Bernt Andersson, cincuenta y tres años, pero aparentaba diez años más, al menos en la foto que colgaba del tablón de la oficina provisional que habían montado en la comisaría, a unas pocas

calles de allí. Era el resultado de una vida dura. Se había pasado un buen puñado de años consumiendo todo lo que se podía consumir. En sus últimos días, según las personas que de vez en cuando se cruzaban con él cuando deambulaba por Asarum, donde vivía, se había centrado en la bebida, principalmente. Era un rostro conocido para la policía local, había pasado la borrachera ininidad de noches en el calabozo, lo habían detenido por alteración del orden público, lo habían acusado de todo tipo de delitos por estupefacientes, pero siempre había logrado librarse con una simple multa. Algunas de las mujeres con las que ocasionalmente había conseguido instalarse durante un tiempo lo habían denunciado por robo y malos tratos.

Pero no había ninguna sentencia condenatoria.

Lo habían encontrado tirado sobre una de las máquinas de un gimnasio al aire libre junto a una arboleda tres días después de que dispararan a Kerstin Neuman. Un tiro en la sien, muerte fulminante. Por lo visto, el mismo rifle en ambos casos.

Fue entonces cuando Krista Kyllönen, la jefa de área de la policía local, había logrado convencer a su superior de Región Sur de Malmö para que solicitara el apoyo de la Unidad de Homicidios. Era poco habitual que lo hicieran para casos que apenas llevaban una semana abiertos, pero no dejaba de tratarse de un francotirador en ambos casos y no había testigos ni evidencias técnicas, aparte de las balas, no había casquillos en las escenas del crimen, ni huellas de neumático ni nada sospechoso en las cuatro cámaras de vigilancia que había repartidas por la ciudad.

No tenían ningún hilo del que tirar y necesitaban ayuda.

Decir que habían llegado a una ciudad que vivía presa del pánico habría sido exagerar, pero no cabía duda de que un tercer asesinato en el transcurso de ocho días espolearía el miedo y la preocupación, y entonces la rabia

nunca estaba muy lejos. Vanja soltó un suspiro. Aquello podría convertirse fácilmente en una pesadilla. Pero no podía permitir que eso sucediera. Le tenían puesto un ojo encima. Era su primer caso importante desde que había asumido el mando de la Unidad de Homicidios en diciembre.

Desde que sustituyó a Torkel.

Volvió a mirar calle arriba, al cordón policial del siguiente cruce, el de la calle Södra Fogdelyckegatan. Vanja no sabía qué significaba ese nombre ni si era siquiera una palabra de verdad. Sonaba inventada. Allí también se había acumulado gente curiosa, pero no tanta, y habían sacado menos teléfonos móviles. Quedaba más lejos del escenario del crimen, desde allí las fotos no debían de mostrar más que una calle normal y corriente de una ciudad de provincias. Como mucho, cogerían a Ursula, que estaba agachada sacando fotos del sitio donde había estado la víctima, que según el carnet de conducir hallado en el bolsillo de su abrigo se llamaba Angelica Carlsson y tenía treinta y nueve años.

—Vanja.

Se dio la vuelta y vio a Carlos acercándose. Era comienzos de abril, el sol ya estaba de bajada, sin duda, pero no hacía tanto frío como cabía pensar al ver a Carlos Rojas. Gorro calado hasta las orejas, guantes forrados, una bufanda metida por dentro de un plumón carísimo, bajo el cual Vanja sabía que se ocultaba un jersey de lana, una camisa de franela y una camiseta. También estaba bastante segura de que Carlos llevaba calzoncillos largos debajo de los vaqueros de marca.

Carlos era el último fichaje del grupo. La primera vez que trabajaron juntos fue en Uppsala, cuando habían estado dando caza a un violador en serie. Vanja intentaba dejar de pensar en aquellas semanas de octubre de hacía tres años y medio. Lo cerca que había estado de convertirse en una de las víctimas. Fue horrible, uno de los casos